

Reportaje

“In vino veritas”
Dr. Rafael Polanco Delgado

El vino aparece tempranamente en la historia de la humanidad, se ha comprobado que hace unos 4000 años antes de nuestra era ya era conocido y apreciado por egipcios y sumerios y rápidamente, a juzgar por los datos existentes, fue adquiriendo una de sus primordiales características, la de ser una bebida eminentemente social hasta el punto que ya en las más remotas culturas no se concebía cualquier celebración sin la presencia de una comida en grupo regada con algún vino del agrado de los comensales.

Éste ayuda a la digestión, motiva al corazón, aclara las mentes y libera las lenguas facilitando el intercambio ideológico y contribuye a que la plática amistosa fluya en un óptimo nivel.

En numerosas ocasiones se ofrecía a los dioses el vino de las cosechas o se empleaba como medio para establecer un vínculo místico con ellos y por ejemplo, tanto griegos como romanos consideraban a Dionisos y a Baco, respectivamente como dioses poderosos y - sin ir más lejos - han pasado a la historia las famosas fiestas "bacanales" en que tanto las viandas como el vino eran consumidos sin freno y sin medida.

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento encontramos numerosos textos en los que se rechaza ese inmoderado consumo del vino, pero al mismo tiempo, con mucha frecuencia aparece la imagen del banquete. La sabiduría, identificada con el mismo Dios, ha preparado el banquete perfecto en el local ideal, con la mesa más completa que la imaginación pueda soñar, con el vino más exquisito que cualquier paladar pueda degustar y ha invitado a participar a todos, sin excepción alguna. Es anuncio del banquete eucarístico que Cristo (Prov. 9, 1-6), nos ofrece.

La antropología cultural sostiene que las comidas son ceremonias que reproducen a escala reducida un sistema social y una organización jerárquica concreta: ellas unen a las que los comparten pero simultáneamente marcan espacios y delimitan fronteras. Cristo viola estas normas al admitir a publicanos, etc., a su mesa y pone en práctica una estrategia de reintegración social previamente desconocida.

En la Buena Nueva el Señor nos hace una oferta extraordinaria y elige la imagen del vino nuevo para representar al espíritu nuevo del Reino de Dios (Mt. 9, 17), pero es en momentos de trascendental importancia en los que el vino adquiere un carácter protagónico.

Las bodas de Caná

El primero de ellos ocurre precisamente durante el banquete de bodas de Caná (Jn. 2, 3-10) y si nos detenemos un momento en la contemplación de este acontecimiento podremos observar algunos detalles.

Para empezar es significativo que el Señor asista, participe activamente y contribuya a la fiesta nupcial, no desdeña tomar parte de una celebración que ha reunido a diversas familias de aquel lugar, y sin duda comería, bebería, cantaría y bailarían como todos los demás

comensales, como lo hacen los judíos de ahora y los de hace dos mil años. Es precisamente aquí en donde Él ha elegido dar la primera "señal" de su autenticidad como Mesías. Aquí los Padres de la Iglesia descubren la dimensión simbólica: el paralelismo entre el primer origen de la Iglesia de Cristo en la eternidad y su primera manifestación de esa misma gloria en su misión terrena; al mismo tiempo, en la transformación del agua en vino, ven el anuncio del paso de la antigua alianza a la nueva y precisamente en un banquete de boda, símbolo del pacto de unión de Dios y la humanidad y de Cristo con su Iglesia. El Señor participa en la boda poniendo de manifiesto el proyecto salvífico de Dios con respecto al matrimonio, a su vez la carencia de vino, indudablemente bochornosa para los novios, puede interpretarse como una alusión del desamor que - amenazante - puede cernirse sobre la unión conyugal, indicando que solo un amor fundado en Dios tiene garantía de éxito. También Caná encierra un significado eucarístico: podría decirse que Cristo prepara el verdadero banquete pascual, la Eucaristía, subrayando el hecho por la presencia del vino nuevo y de insospechada calidad, que alude a la sangre de la nueva alianza en el ámbito del ágape.

En Caná encontramos a otra persona protagonista y ésta es nada menos que María.

Para empezar destacaremos que el plan salvífico de Dios rompe desde el comienzo con la condición de inferioridad de la mujer en la cultura semita, ubicándola en un plano de igualdad con el hombre y respetando su dignidad y el papel de la feminidad. A la petición de María responde Jesús mismo, quien - al escuchar el ruego de su madre y complacerla - por un lado manifiesta el enorme poder que entraña el amor de una madre y, por otro, la superabundancia con que Cristo responde a las expectativas humanas. María asiste a la boda, observa y detecta el problema de los esposos y, movida por la compasión e impulsada por su corazón misericordioso, induce a su Hijo - con discreción y eficacia - a la realización de su primer milagro. Aquí encontramos a María en su papel de intercesora y simultáneamente el de corredentora, al brindarle al Señor la posibilidad de continuar su misión, participando en su obra mesiánica. El término "mujer" empleado por Jesús no se ha interpretado con una connotación negativa, sino como palabra para señalar a la nueva Eva, madre en la fe de todos los creyentes.

Al narrar Juan el milagro de Caná corrobora la fe de la Madre en el Hijo y añade "...y sus discípulos creyeron en él" (Jn. 2, II). De esta forma María inicia la senda de la fe de la Iglesia precediendo a los discípulos y orientando hacia Cristo la atención de sirvientes y comensales.

Finalmente aquí nos sorprende inicialmente el aparente "silencio de Dios", pero enseguida comprendemos la invitación a esperar confiando siempre en la bondad del Señor y en la eficacia de la intercesión de su madre.

La Última Cena

El segundo momento trascendente, en donde aparece el vino como elemento esencial, tiene lugar en la decisión de Jesús de instituir la Eucaristía en el contexto de un banquete, en la cena de la Pascua, comunidad de vida, garantía de paz, de confianza y de fraternidad. La Eucaristía es banquete de hermanos con Dios, comida festiva y del más allá, porque anticipa desde entonces la comida del cielo. Se trata de un Banquete al cual estamos invitados todos los bautizados: la única condición para asistir a él es la de ir vestidos con la fe en Cristo.

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 06 (2003)

El primer acto de la Eucaristía es creer que el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre del Señor y su sentido auténtico es el de convertirse de por sí en escuela de amor activo al prójimo. No olvidemos que en el banquete los comensales se encuentran unidos por el hecho de estar sentados en la misma mesa y por comer todos de un mismo pan y beber de un mismo vino. "Quien come mi carne y bebe mi sangre, el permanecerá en mí y yo en él" (Jn. 6,5-6).

El Señor comparte su vida con el hombre y este comparte su vida con Él, de forma que la participación en la Eucaristía va más allá de un rito religioso, se trata de ir transformando nuestra vida en la vida de Dios.